

jes; y en el centro de esas mismas columnas, bandas y banderas que ostentaban los colores de la bandera de las tres garantías, símbolo de la union, de la indepencia y de la religion. En los tableros de los arcos se veian pintados florones y coronas, asi como varias poesías escritas con letras grandes, destacándose el escudo del imperio en la parte superior del arco principal. (1)

En el centro de la Plaza de Armas se construyó un arco de triunfo de inmensas proporciones, sobre cuatro

(1) Las poesías que decoraban el espacioso pórtico del muelle, decian así

A S. M. I. MAXIMILIANO.

La invicta Veracruz, la que ha vertido
Su sangre y en escombros
Al honor nacional muralla ha sido
Gloria dando al país y al mundo asombros,
Hoy representa á la nacion entera
Al rendirte homenaje la primera.

A S. M. I. CARLOTA.

Antes que por el cetro y la corona
Que en tus sienes fulgura,
Fuiste, señora, en apartada zona
Reina por la bondad y la hermosura.
Blanco de aprecio universal, bien hayas
Al pisar con tu esposo nuestras playas.

A S. M. I. MAXIMILIANO I.

A tu aspecto gentil tan deseado
El bronce te saluda en grave acento:
Anima con su fuego inusitado

pedestales del orden compuesto, en los que descansaban ocho columnas, sostenidas en sus bases por grupos de cariátides. Los capiteles dorados de estas columnas sostenian otras, coronadas con alegorias que representaban las ciencias, las artes, la agricultura, el comercio y la justicia. En el frontispicio se veia colocado el escudo de armas de la ciudad.

Las calles de la Pescadería, Plaza de Armas y la primera y segunda de la Merced por donde debian pasar el emperador y la emperatriz para ir á la estacion del ferrocarril, estaban adornadas de escudos, trofeos, coronas y gallardetes, sostenidos por elevados y pintados postes de madera colocados de trecho en trecho, de una y otra acera, hasta la expresada estacion. En las coronas se ostentaban las iniciales del soberano y su consorte. Ademas, todos

Rostros y corazones el contento:
En dulcísima fiesta es ya trocado
Largo el combate fraternal, sangriento,
Esnos promesa de abundantes bienes
La diadema imperial que orna tus sienes.

A S. M. I. CARLOTA.

Dechado de bondad, flor de belleza,
Que otra patria dejaste y otro cielo
Por dar al pueblo que adorarte empieza
Gloria en su dicha, en su dolor consuelo;
Si la voz general llega á tu alteza
Duplicará tu cariñoso anhelo,
Que la nacion que ensangrentaba el odio
Te proclama desde hoy su ángel custodio.

los vecinos de estas calles habian adornado sus puertas y balcones, con vistosas colgaduras, banderas, lazos, flores, cintas y guirnaldas que presentaban un golpe de vista sorprendente.

En la puerta de la Merced se destacaba otro arco de triunfo, de orden toscano, como señal de paz y de union entre los mejicanos, decorado con poesías alusivas á ese objeto, y con banderas que representaban la nacionalidad de Méjico. (1)

(1) Entre las poesías que ostentaba ese arco de la paz se hallaban las siguientes:

A LA EXTINCION DE LA GUERRA.

Al antro torne la discordia impía,
Y la sangrienta asoladora guerra
Cuyo furor al mejicano aterra,
Extinga la anhelada monarquía.

AL PUEBLO MEJICANO.

Del corazon del pueblo mejicano
Se aleja para siempre la discordia,
Y el amable é ilustre soberano
Prenda sea de union y de concordia.

A LA PAZ.

¡Paz inmortal! divinidad sagrada,
Vierte benigna tus preciosos dones
Sobre este suelo de mi patria amada,
Y admiracion será de las naciones.

A LA SABIDURIA.

¡Alma sabiduría! númen santo
Que presides feliz á los consejos!

A las cinco de la mañana del siguiente día 29 oyeron los soberanos la misa que se dijo á bordo, en la cámara de ellos, á la cual asistió la comitiva. Concluido ese acto religioso y dispuestos á entrar en el bote para marchar á tierra, el emperador, dirigiendo la palabra á los mejicanos que con él habian ido de Europa, les dijo: «Quiero que en lo de adelante no haya distincion entre indios y los que no lo son: todos son mejicanos y tienen igual derecho á mi solicitud.»

Eran las cinco y media de la mañana cuando una sal-

Escuda al trono con tu rico manto
Y de tu luz que brillen los reflejos.

A LA CONCORDIA.

Dulce Concordia, en fraternales lazos
Y santa union los mejicanos liga;
Que ellos se estrechen con amantes brazos
Y siempre vivan á tu sombra amiga.

AL GENIO.

Genio excelso, de Dios chispa divina,
Antorcha de los hombres eminentes,
La carrera del príncipe ilumina
Con tus luces y rayos esplendentes.

A LAS FACCIONES QUE AGITAN EL PAIS.

El odio y el rencor dejad á olvido,
Del hermano al hermano no haya agravio;
Y el pueblo mejicano se halle unido
En torno al soberano ilustre y sábio.

1864. va de ciento y un cañonazos hecha por la ma-
 Mayo. rina y contestada por los fuertes de la ciudad,
 anunció que el emperador y la emperatriz salian de la
Novara y entrando en un lujoso bote se dirigian á tierra.
 Cosa de cien botes, primorosamente empavesados, se exten-
 dian desde el muelle á la bahía formando una calle, por
 en medio de la cual iba el que conducia á los augustos
 cónyuges.

La comitiva oficial esperaba á éstos ya en el muelle;
 pero mucho mas numerosa y lucida que en la tarde ante-
 rior, pues se habian agregado centenares de individuos
 particulares de lo mas selecto de la sociedad. En el mo-
 mento de desembarcar fueron recibidos Maximiliano y
 Carlota por Don Juan Nepomuceno Almonte, el general
 Don Mariano Salas, el prefecto del distrito, el coman-
 dante superior y la numerosa comitiva. En la puerta del
 muelle, el presidente del ayuntamiento de Veracruz Don
 Salvador Carrau, acompañado de los concejales, de los
 funcionarios públicos y de otras autoridades, presentó al
 emperador las llaves de la ciudad, primorosamente traba-
 jadas, y colocadas en una bandeja de plata. Al entregar-
 las felicitó al soberano por su feliz llegada, y le presentó,
 á nombre de la corporacion municipal, el homenaje mas
 sincero. La contestacion del emperador fué breve, pero
 expresiva y respirando benevolencia.

Concluida esta ceremonia, el soberano y su esposa to-
 maron asiento en una magnífica carroza descubierta, en
 la que solo les acompañaba Don Juan Nepomuceno Al-
 monte; pero seguidos de la comitiva oficial, los individuos
 que desde Miramar les habian acompañado, y de un nu-

meroso pueblo que les victoreaba con extraordinario entu-
 siasmo. (1)

En la puerta de la Merced esperaban los trenes del
 ferro-carril. El emperador y la emperatriz, con algunas
 personas de su séquito subieron á los coches preferentes,
 y en los demás se colocaron todas las autoridades y mul-
 titud de personas de Veracruz que quisieron acompañar á
 los soberanos hasta Loma-Alta, que dista, como tengo
 dicho, catorce leguas de Veracruz, y término entonces del
 ferro-carril. (2)

(1) *El Eco del Comercio* de Veracruz decia: de «una inmensa multitud que
 poblaba el aire con sus vítores.»

(2) Don Francisco de Paula de Arrangoiz, por hallarse entonces en Europa
 y no haber tenido sin duda despues á la vista el periódico *El Eco del Comercio*
 que se publicaba en Veracruz y que dió una descripcion minuciosa de la re-
 cepcion, ha sufrido un error al hablar de ella.

El expresado señor Arrangoiz dice: «La poblacion recibió tan friamente á
 sus majestades, que la emperatriz se afectó hasta el punto de llorar. Dominada
 aquella pequeña ciudad por comerciantes extranjeros, eran estos enemigos
 del imperio, porque temian que con el nuevo gobierno cesara el desórden pro-
 ducido por los frecuentes cambios políticos, que les proporcionaban hacer
 rápidamente sus fortunas.»

Como el sentimiento de pena de la emperatriz que refiere el señor Arran-
 goiz, concuerda con el que he dicho que pareció demostrar, aunque ligera-
 mente, por no haber ido á bordo de la *Novara* para cumplimentarla, alguna
 comision de parte de las señoras, es de presumirse que se refiere á él, aunque
 atribuyéndole á distinta causa. El mismo *Eco del Comercio* que pinta la recep-
 cion hecha á los soberanos como una de aquellas en que con mas expontanei-
 dad manifestó el pueblo su entusiasmo, refirió ese incidente, acontecido, no en
 la ciudad, sino á bordo de la *Novara*, sin que le diese ni la mas ligera impor-
 tancia, porque en realidad no lo tenia. Hé aquí el párrafo de *El Eco del Comer-
 cio*, refiriendo ese incidente. «Las señoras de Veracruz,» dice, «poco habitadas
 á los honores régios, no habian nombrado una diputacion de señoras que
 presentase á la emperatriz los homenajes de respeto y adhesion del bello sexo.
 Se nos ha asegurado que S. M. pareció afectarse algo de esta circunstancia;

A las nueve de la mañana llegaron los soberanos á la Soledad, distante nueve leguas de Veracruz, donde se les tenia preparado el almuerzo, al cual concurren todos los que les acompañaban. En este punto recibieron el emperador y su esposa al abogado Don Faustino Galicia Chimalpopoca, que, como otra vez he dicho al hablar de la proclama que dió en idioma azteca, á la raza india, diciéndola que se adhiriese al imperio, pertenecía á ella. El emperador Maximiliano le habia llamado desde Miramar para tener á su lado á uno de los descendientes de la primitiva raza india, por la cual manifestaba un interés paternal; pero dificultades nacidas de la distancia no permitieron que se realizase la marcha del modesto abogado Chimalpopoca á Europa.

Terminado el almuerzo, se continuó el viaje hasta Loma-

pero bastó una corta explicacion de los usos y del carácter local para satisfacer completamente á la emperatriz.»

Ya se ve, pues, que no hubo lloro, y mucho menos que éste lo vertiese al atravesar la ciudad. *El Eco del Comercio*, despues de manifestar en varios párrafos de su artículo descriptivo de recepcion el entusiasmo manifestado por todas las clases de la sociedad desde el instante de haber fondeado en la bahía la *Novara*, decia, al hablar de la salida de los soberanos al siguiente dia: «Así atravesaron las calles que hemos mencionado, coronadas de gentes que desde los balcones arrojaban flores y poesías.

»Las músicas que acompañaban el cortejo no cesaban de tocar piezas escogidas.

»La salva de artillería y multitud de cohetes, y los repiques á vuelo de las iglesias, y la marcha de las bandas militares y el júbilo de los semblantes, todo formaba un conjunto maravilloso y que no es posible describir con propiedad, diciendo solo que fué una no interrumpida ovacion, durante el tránsito de SS. MM. por las calles de Veracruz.

»En la puerta de la Merced esperaban los trenes del ferro-carril, que arrebataron con la velocidad del rayo las visiones de aquel delicioso sueño.»

ma-Alta, término entonces, como he dicho, del ferro-carril de Veracruz, donde estaba esperando á los soberanos el general Galvez, á la cabeza de cien ginetes de su cuerpo, para escoltarle. Presentado por D. Juan Nepomuceno Almonte al emperador y la emperatriz, estos recibieron al jóven general con bondadosas muestras de aprecio. También se hallaba allí, para escoltarles, con su escuadron denominado *Guardia Imperial*, el coronel D. Miguel Lopez, muy favorecido despues por el emperador, y á cuyos favores correspondió al fin él de una manera reprochable.

1864.

Mayo.

En este paraje de Loma-Alta se despidieron las autoridades de Veracruz de sus soberanos para volver á la ciudad, y los augustos consortes, con todo su séquito, siguieron su marcha en carruajes que estaban prevenidos. Los costados del camino estaban cubiertos, á convenientes distancias, por *exploradores* del general Galvez, y detrás del carruaje de los soberanos marchaba, á la cabeza de su escuadron de la guardia imperial, el coronel D. Miguel Lopez.

A las tres y media de la tarde llegaron el emperador y su esposa á Paso del Macho, donde fueron recibidos por las autoridades de Córdoba que habian ido á su encuentro, y obsequiados con una comida que se dispuso en un salon agradablemente adornado.

Como el término de la primera jornada era Córdoba, se emprendió de nuevo el viaje á las cinco de la tarde. El camino era malo y el calor sofocante. Así llegó la noche, soplando un viento fuerte y cayendo una menuda pero espesa lluvia. Cuando los soberanos estaban á punto de

salvar la zona ardiente y enfermiza, se rompió el eje del carruaje en que iban, en el punto llamado San Alejo, entre el Paraje y el cerro del Chiquihuite. Serenos y apacibles en medio de este contratiempo, se apearon del coche, y entonces el general mejicano Galvez que habia salido á escoltarles, bajó de la diligencia en que iba con el general francés De Maussion, haciendo este lo mismo, y entrando en ella Maximiliano y Carlota, se continuó lentamente la marcha. Así llegaron á la hacienda llamada el Potrero, donde se sorprendieron agradablemente al encontrarse en ella con una comitiva de señoras y caballeros que habia salido de Córdoba y les estaba allí aguardando, no obstante el desagradable temporal que reinaba. Recibidos los plácemes de la comitiva, se continuó el camino á la luz de las velas de que los conductores se habian provisto en la hacienda para alumbrar el camino; pero al llegar á un sitio llamado Pasaje Nuevo, el viento y la lluvia, que habian ido en aumento, apagaron todas las velas, quedando los viajeros completamente á oscuras, deteniéndose, en consecuencia, los carruajes, porque era imposible dar un paso mas.

En esos momentos se vieron llegar centenares de indios con hachones de brea encendidos, que se acercaron victoreando al emperador y á la emperatriz. Eran vecinos de las rancherías inmediatas á Córdoba, que habian salido para alumbrar á los soberanos hasta la ciudad. La oscuridad desapareció entonces al rededor de los augustos cónyuges y de su comitiva, viéndose claramente el camino al vivo resplandor de las numerosas teas, y la marcha continuó ya sin tropiezo alguno en medio de las mas ale-

gres exclamaciones, llegando la comitiva imperial á Córdoba á las dos y media de la mañana.

1864. No obstante lo avanzado de la hora, «la ciudad,» dice un testigo ocular en la descripcion que hizo de esa entrada, «estaba brillantemente iluminada; y la calle principal se veia llena de gente, no obstante que muchas personas, cansadas de esperar y rendidas por el sueño, se habian retirado á sus casas.»

El ruido de las salvas de artillería, de los repiques de campanas, de los cohetes y de las aclamaciones que de repente se escucharon, les despertó anunciándoles que llegaban los soberanos, y dejando sus lechos y vistiéndose á toda prisa salieron á la calle y á los balcones. «El regocijo,» dice el testigo ocular de que hace poco hice mencion, «no tuvo límites cuando apareció la imperial comitiva en medio de las filas inmensas de personas que con hachas venian escoltándola. Los arcos de ramos y flores levantados en toda la carrera; las casas llenas de luces; los balcones y ventanas adornados con vistosas colgaduras; los indios con sus antorchas; la poblacion apiñada en el tránsito para ver á los jóvenes monarcas, y estos saludando bondadosamente á la multitud que les victoreaba con entusiasmo, todo presentaba un golpe de vista que no se puede bien describir.»

En la habitacion destinada á los soberanos habia una comision de señoras que recibió á la emperatriz, felicitándola por su llegada en nombre del bello sexo de Córdoba. Poco despues se sirvió un refresco; y enseguida el emperador y su consorte se retiraron á descansar, si bien fatigados del viaje no por eso menos satisfechos del amor con que habian sido recibidos.

Al día siguiente 30 de Mayo se cantó un solemne Te-Deum y se dijo una misa que celebró el curap árroco, á que asistieron los soberanos, acompañados de todas las autoridades y del pueblo que se agrupó á su derredor. La iglesia estaba literalmente llena de gente de todas las clases de la sociedad.

Concluida la ceremonia religiosa, volvieron el emperador y la emperatriz á palacio, donde recibieron las felicitaciones mas respetuosas y sinceras. Contestando el emperador al discurso de felicitacion que le dirigieron las autoridades de Córdoba, dijo: «Con verdadero placer os vemos, señores, juntos á nuestro derredor, y aceptamos vuestros buenos deseos. Sea de paz y de dulce confianza aquel día feliz en que me hallo por primera vez entre vosotros y en el seno de mi nueva y hermosa patria. Mejicano de todo corazón, es mi primero y mas ardiente voto que todos mis compatriotas se unan á mi lado para poder con celo y perseverancia, y sobre bases libres, correspondientes á nuestra época, trabajar por el bien de nuestra noble patria. En esta accion simultánea se hallará nuestra fuerza y nuestro porvenir. Vosotros, señores, que sois los representantes de este distrito y ciudad, teneis ante todo que dar á vuestros conciudadanos el ejemplo de la union, del celo y de un verdadero patriotismo.»

1864. No fueron menos expresivas las palabras
 Mayo. con que contestó al discurso del ayuntamiento. «Con sincero gusto os saludamos, señores,» dijo: «Los sagrados deberes que nos ha impuesto la nacion mejicana, y á los cuales nos queremos entregar con entera y leal abnegacion, nos llaman pronto á la capital del imperio: no

podemos, pues, lo siento, permanecer largo tiempo en vuestra hermosa é interesante ciudad. Decid, sin embargo, á vuestros conciudadanos, que la emperatriz y yo nos proponemos, dentro de poco, pasar algunos días entre vosotros, y que entonces será para mi una agradable tarea y un deber, el estudiar las necesidades y los deseos de la ciudad y de sus dependencias.»

Terminadas las felicitaciones, los egregios consortes hablaron afectuosamente á cada una de las personas visitantes; y llamó mucho la atencion de todos una circunstancia digna de referirse. La emperatriz, llena de cariño hácia los sencillos indios que por todas partes, durante el viaje, habian salido á manifestar á los soberanos su adhesion, habló detenidamente con dos alcaldes indios de los pueblos de Amatlan y Calcahualco, haciéndoles preguntas sobre los ramos que formaban la riqueza de sus respectivos pueblos, manifestando un vivo interés por el bien de ellos. Los expresados alcaldes contestaron satisfactoriamente, pero de una manera modesta y expresiva, á la soberana; y esta, queriéndoles mostrar su afectuoso cariño, les invitó para que asistieran á la mesa de ese día. La comida se verificó á las siete de la noche, y en ella, con efecto, se hallaron los dos alcaldes indios que veian, llenos de interior placer, el lugar preferente que se les daba. Hablando de este hecho, decia un vecino de Córdoba en un artículo que envió á los redactores de *El Pájaro Verde*, periódico que se publicaba en la capital: «Era un espectáculo verdaderamente interesante ver á los jóvenes soberanos, acostumbrados á comer acompañados de la mejor sociedad de Europa y de personajes de impor-